

***Creo para comprender y comprendo para creer mejor.
San Agustín.***

**El 6 de Abril de 2017, se cumplen 450 años de la llegada a
Écija, de la bendita Imagen del Señor de la Sangre.**

*(A mi padre y a mi hermano Jesús, costaleros en el cielo, de la remúa del
Señor de la Sangre)*

**Sábado, 1 de abril de 2017
Ramón Freire Gálvez**

MOTIVACION

¿Y ahora qué? Coincidencia o no, cuando me dispongo a dar luz al presente artículo, me acuerdo que, exactamente hoy, hace 27 años (01-abril-1990) ofrecí a la Écija cofrade el pregón de nuestra Semana Santa. Y precisamente ese ¿ahora qué? fueron las dos palabras que, cuando llegué al tramo donde pregonaba al Cristo y Señor de la Sangre, preso de la emoción y de los nervios, pronuncié ante el auditorio que, con expectación, esperaba lo que dijese sobre la sangre de mi devoción.

Coincidencia o no, precisamente es ahora en abril de 2017, cuando se cumplen 450 años de la llegada a Écija, de la bendita Imagen del Señor de la Sangre y he sentido la necesidad (cuando la impotencia, la melancolía y la tristeza pululan en el espíritu de mi alma, por el hermano que hace poco se me fue), de recordar tan maravilloso acontecimiento, no sólo para los devotos de dicha Imagen, sino para la ciudad de Écija entera, devocional y artísticamente, en uno y en todo caso.

Todo lo que se hace tiene un motivo. Todo lo que se expresa, para los demás, tiene que partir de unos sentimientos y conocimientos propios. Y ese es el motivo de este artículo y que, aunque anímicamente, no sea mi mejor momento, no podía dejar pasar una efeméride tan importante, no solo para mí, sino para muchos, cual es el cumplirse los 450 años de la llegada de la bendita Imagen del Señor de la Sangre a Écija.



También, todo lo que se hace, necesariamente, ha de llevar una pequeña explicación de su por qué, a fin de que sea mejor comprendida por cuantos la reciban y lo que sigue, es lo que servirá de prefacio a su redacción.

Aunque muchos ya lo saben por otras de mis publicaciones, yo tuve la dicha de nacer a los pies de una Imagen del Santo Cristo de la Sangre, en la propia calle Zamoranos, una casa que entonces tenía el número 60 en su nomenclátor (hoy

50). En lo que hoy es balcón de la casa, existía una pequeña capilla en la se veneraba una Imagen (en lienzo) de dicho Cristo (el mismo que hoy se encuentra colocado al final de la calle Zamoranos esquina con Saltos, tal como nos muestra la fotografía que aportó), capilla, a la que se tenía acceso desde el dormitorio de mis padres, situado en la parte alta de la vivienda. Pues allí nací yo, a sus pies, un 30 de junio de 1952, en pleno barrio de San Agustín, donde al final de la calle Zamoranos existía un huerto con el propio nombre, cuya huerta en su día, perteneció al citado convento y del que todavía se conservaban algunos restos del pasado agustino.

Mi padre me contó, desde pequeño, que allí, en lo que fue el convento de San Agustín, había estado el Señor de la Sangre (así le llamaba él), el mismo que estaba en la iglesia mayor de Santa Cruz, a cuya hermandad pertenecía mi padre casi desde su nacimiento y a la que, como al resto de mis seis hermanos, José Joaquín, Manuel, Antonio, María del Carmen, Jesús Rafael y María del Valle Freire Gálvez, nos apuntó nada más ver cada uno la luz de la vida.

El barrio donde viví hasta mi adolescencia, sin menospreciar a ningún otro, podría parecer igual a los demás, pero yo sabía que era distinto, diferente, repleto de idiosincrasias personales y algunas peculiaridades especiales. Allí aprendí, desde muy niño, lo que era la fe y el fervor a una



Imagen de Cristo crucificado en su advocación de la Sangre. Allí aprendí como se le habla de tú a Tú, sin intermediarios y sin necesidad de anunciarle su visita. Él siempre tenía sus puertas abiertas, con sus brazos extendidos para recoger las súplicas, ruegos y peticiones.

Siempre agradecido, aunque algunas veces olvidado por sus fieles, pero el Señor era y es así. Año tras año, cuando llegaba cada Semana Santa, había que acudir a Santa Cruz; primero, a la bajada del Señor y besarle sus pies. Después, el propio jueves Santo, a realizar la estación de penitencia con la túnica correspondiente. Mi padre, su costalero (apasionado del Señor a más no poder, *más que sus azucenas*

decía) de una de sus remuas, no faltaba año tras año.

Yo, vestido de nazareno, tampoco faltaba. Tan pronto me inicié en ello, tengo el privilegio de haber realizado mi primera estación penitencial (creo que sería cortita), cuando contaba nueve o diez meses de edad y testimonio de ello dejaron las fotografías que mi familia hizo de tan importante acontecimiento, habiendo encontrado en mi archivo particular un par de ellas que así lo

acreditan, relativa al Jueves Santo de 1953, donde estoy junto a mi padre y otros compañeros de su remúa, delante del paso del Señor.

Pasaron los años, seguía sin faltar gracias a Él y a mis padres (no puedo dejar en el olvido, a mi madre, pieza fundamental de nuestros sentimientos cofrades). Mi inquietud, no exenta de fe y fervor, me llevó a ser su costalero y lo compaginé, impulsado por los tiempos renovadores que se imponían y cuantos me apoyaron, que fueron muchos, con el cargo de Hermano Mayor de la Hermandad durante varios años (aprovecho para traer a esta motivación, con mi recuerdo agradecido a todos, una fotografía de junio de 1984, donde aparezco con mis compañeros de junta de gobierno, el Rvdo. Pérez Daza como director espiritual y, todos, delante de nuestros titulares).



Escribí la historia de la hermandad, pregoné y exalté al Cristo y Señor de la Sangre cuantas veces me pidieron, y, cuando terminé mi mandato, durante el mismo tiempo que había permanecido en el cargo, me convertí en aguao de sus cuadrillas de costaleros; después, volví a ser costalero de Sangre y Dolor, hasta que, una vez mi hijo Ramón J. Freire y apellidado de segundo, para mayor satisfacción, Santa Cruz, se consolidó en las trabajaderas, donde tuve la dicha de compartirlas con él.



Igualmente mis hijas Pilar y Carmen María, desde su nacimiento, todos ellos frutos del bendito vientre de mi hermosa compañera Pilar, quedaron inscritos en los libros de hermanos de dicha hermandad.

Recuerdo en este momento, con cariño, dentro del citado día 1 de abril de 1990, en el homenaje que, como pregonero de la Semana Santa de Écija, al finalizar este, me ofreció el Consejo de Hermandades y Cofradías de Écija, en el que su presidente, mi recordado amigo y maestro, Juan Antonio Gamero Soria, dirigiéndose a mí, me dijo: *Eres un tío de suerte, te bautizaste en Santa Cruz, recibiste la comunión en Santa Cruz, te casaste en Santa Cruz y además lo hiciste con una hermosa mujer de apellido Santa Cruz, no se puede tener más suerte.* Y es verdad, apostillo yo.

Posteriormente, el paso de los años me congratuló con la llegada de mi nieto Sergio Castilla Freire, quien todavía vistió la túnica *colorá* con menos edad que yo, pues nacido en noviembre de 2005 (una vez impuesta la medalla en Febrero siguiente, durante la función principal del novenario que se le dedicaba a tan venerada Imagen), al llegar el jueves Santo de 2006, con apenas seis meses de edad, ya vistió la túnica de la que quiero sea su Advocación, y digo quiero, porque como a todos nos ha pasado, será el paso de los años y su razón, quien le haga seguir o no, sin imposición alguna, de forma libre y espontánea.

En el año de 2010, nuevamente se extendió y propagó nuestra fe familiar. Y en esta ocasión con un paralelismo mayor entre el neófito y yo, paralelismo del que hablo dentro de este artículo, en lo relativo a su contenido. Y no es ni más ni menos, que mi segundo nieto, de nombre Jesús, hermano del anterior, nacido el día de San Juan Bautista, 24 de junio de 2010, igual que yo, su orgulloso abuelo (a quien, en mis brazos, en la función principal de instituto, que culminaba el novenario de 2011, concretamente el domingo 6 de marzo, se impuso la medalla de nuestra hermandad), y también, con la misma edad que yo tenía en la Semana Santa de 1953 (diez meses), vistió la túnica *colorá* de nuestra advocación en Sangre y Dolor en la Semana Santa de 2011.

Son hechos que la vida te ofrece y que te van haciendo muecas en los sentimientos cofrades de tu corazón; vida, que, con el paso de los años, me ha acrecentado la fe en que me criaron, aunque eso sí, con mayor conocimiento de la realidad que tenemos y quizás, por la edad, con menor apasionamiento hacia el exterior que no interior, pero, sin duda alguna, de mayor profundidad y recogimiento, tanta, que gracias a Él, he sido año tras año, cofrade penitente de su cortejo en agradecimiento permanente, pagando algunas promesas que todos los años se ofrecen por uno u otro motivo, durante el que ha existido y existirá, mientras Él lo quiera, una conversación personal, que dura más de cinco horas y en la que nos contamos, mutuamente, las quejas y agradecimientos, así como nuestras cuitas y duquelas, que también las hay en mi corazón.

Y ahora, cuando la llegada a Écija de la Imagen del Cristo y Señor de la Sangre, cumplirá 450 años, siento la obligación de dar vuelo a este sentido artículo, para seguir propagando y dar a conocer a cuantos deseen y a los que no lo sepan, o no quieran saberlo, de dónde venimos y dónde estamos (a dónde vamos será misión personal de cada uno), a todos los que hicimos de nuestra advocación la Sangre de Cristo Crucificado, así como recordar a todos aquellos, frailes agustinos, escultor, hermanos de la hermandad y demás, que con su labor y trabajo, hicieron posible que las generaciones siguientes, hasta hoy, lleguemos fuertes y robustos en la misma fe con que ellos lo hicieron, desde el año de 1564 en que fundaron la Hermandad y que yo publico, como decía anteriormente, para rememorar el 450 aniversario de la llegada a Écija del Cristo y Señor de la Sangre.

Pero para comprender mejor todo lo que sigue y como base de lo anterior, sin olvidarnos que toda leyenda siempre procede de verdades, aunque en ocasiones no puedan demostrarse, voy a iniciar este artículo, con una pequeña historia, que relató un viejo fraile agustino en la ciudad de Burgos acerca del antiguo convento que existía en nuestra ciudad astigitana y que, sin quitarle siquiera una coma, es como sigue:

“Eran los últimos tiempos de las guerras de Granada, me dijo. Un pequeño grupo de frailes agustinos llegaban a Écija y se instalaron en la vieja ermita de “La Madre de Dios” que estaba en los arrabales de la ciudad. Aunque no se establecieron definitivamente hasta unos años después de acabada la guerra, que construyeron el Monasterio bajo la dicha advocación de “Madre de Dios”. Fue, continuó diciendo, la primera comunidad que se establecía en Andalucía, desde que el hijo del rey Fernando fundara nuestras casas de Córdoba, Sevilla y la de Ntra. Señora de Regla en Chipiona.

Esta comunidad, debió de florecer muy pronto en vuestra tierra ecijana porque, unos años después, nuestra Orden establece otras seis o siete nuevas fundaciones y gran parte de ellas, con frailes ecijanos. Coincide este florecer, en el tiempo en que, había en el Monasterio un hermano lego que sentía una devoción especial hacia Jesús en la Eucaristía. El Señor, no quiso que aquel lego tuviera instrucción suficiente para ser ordenado sacerdote, pero éste, desde su humildad, adoraba a Cristo en el Sacramento y él siempre estaba en oración. Tan era así, que si lo necesitaba algún hermano de la comunidad para algo, se iba directo al Sagrario, porque allí lo encontraban seguro.



Un Jueves Santo aconteció que, cuando hacia el rezo de maitines, le dicen que el padre prior le había encomendado a él y a otro hermano, para que después del rezo de laudes, fueran a la parroquia mayor de Santa Cruz a velar el Santísimo. Y, saltando de gozo por el coro, corrió en busca del otro fraile. Salieron del Convento, que estaba fuera de las murallas, pasaron rápidos los arrabales (la calle Zamoranos) y, como aún era muy de mañana, tuvieron que esperar a que les abrieran las puertas de la ciudad.

Entraron por la puerta del zoco o del comercio (la puerta de Palma) y se dirigieron a parroquia Mayor, que estaba cerca del zoco y repleta de público. Entraron en silencio y con sumo cuidado, ya que tuvieron que esperar a que concluyera la celebración de los Oficios. Con toda solemnidad se hizo el traslado, acompañando al Santísimo Sacramento hasta el monumento del Jueves Santo. Por fin, cuando la iglesia quedó casi sola y en calma, él buscó situarse en un lugar preferente, para poder ver bien el Sagrario, donde Jesús, en su última consagración, quedaba depositado hasta su Resurrección.

Allí, y sin cambiar la mirada, pasa el fraile las horas extasiado, mirando fijo al Sagrario. Su compañero, que bien le conocía, cuando llegó la hora de tercia se fue a comer (que es cosa muy necesaria) y, a su regreso, le encontró en la misma postura que le había dejado horas antes. Mientras tanto, nuestro lego, había estado charlando con Jesús, vivo en la Eucaristía. Este insistía e insistía en que quería conocer más de cerca a Cristo, él le pedía verle cuerpo a cuerpo.

Quería conocerlo tal cual era, porque lo que quería de verdad, era consolar el Cuerpo de Nuestro Señor, deshecho en su Pasión en el Gólgota. Y, tanto insistió el lego que, Jesús que es todo Misericordia, se le presentó allí ante él, tal como quedó en la Cruz, con su Santo Cuerpo destrozado, y con la Sangre que le brotaba por todos sus miembros rotos. Jesús, mirando al asustado fraile le dijo:

¿No querías verme?, pues aquí estoy. Mírame bien, así quedó mi Cuerpo en la cruz.

El pobre hombre no pudo soportar lo que estaba viendo y un "shock" le dejó tendido en el suelo. El otro fraile, buscó ayuda y lo llevaron al Convento como pudieron. Al volver en sí, solo vio al padre prior que se interesaba por su salud. Una vez a solas, le contó con todo detalle, lo que le había ocurrido ante el Sagrario. Pero el prior, aun conociendo bien al lego y de su devoción por la Eucaristía no quiso creerle, sino que además le prohibió que contara esa historia.



Obediente el fraile, jamás le contó a nadie lo que había visto en Santa Cruz. Pero, como Dios siempre escoge a los más humildes, para realizar las cosas más grandes, quiso el Señor, que se propagara como el fuego, la devoción de aquel pobre lego, por el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la Cruz. Y la gente del barrio, que le tenía por Santo, dicen que se congregaban ante la portería del convento, para que el ignorante fraile les hablara de su Cristo de la Sangre.

Pasados los años, un día de la Conversión de San Pablo llegó a hospedarse al convento un rico y hacendado benefactor de la orden, a quien le llamó mucho la atención, la cantidad de gente que se congregaba todas las tardes, para oír hablar al fraile de la portería. Intrigado éste, le preguntó al prior a qué se debía tal manifestación de piedad, por lo que le contó toda la historia que le había acontecido en la parroquia Mayor aquel Jueves Santo.

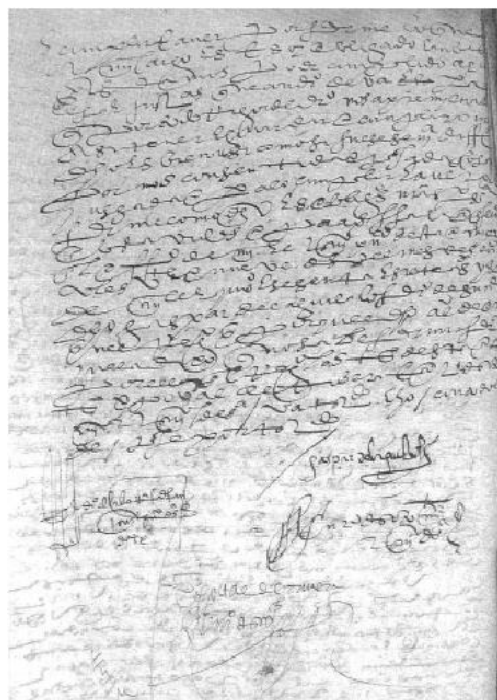
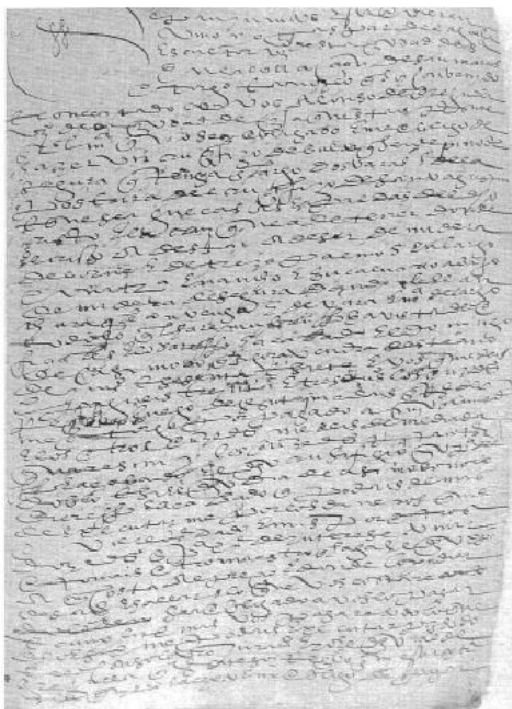
Este caballero, cada vez más intrigado, le pidió al padre ir juntos a ver a nuestro lego, y pedirle que le contara a aquel señor lo que le había sucedido.

Este, se lo volvió a narrar con los mismos detalles que hiciera muchos años antes, al padre prior, cómo se le apareció el cuerpo de Jesús y cómo quedó en la Cruz.

Del relato, quedó tan impactado el benefactor de la orden y le conmovió tanto, no solo la historia, sino la emoción del viejo fraile al contarla, que unos días después, buscó en Sevilla al mejor escultor que había, para que plasmara en una escultura aquel Cristo de la Sangre, tal cual se lo fuera relatando el lego. Y, en el taller de aquel artista, las manos y la gubia, guiadas por el amor a Cristo que contagiaban las palabras del viejo fraile, regadas de sus ojos cansados, fueron saliendo, como un milagro, hecho por los ángeles, la viva imagen que el viejo fraile vio un Jueves Santo en el Monumento de Santa Cruz. Cuando la bendita imagen llegó al Convento de Écija, todo aquel arrabal, donde convivían los payos y gitanos, le estaban esperando en la portería de San Agustín para ver aquel cuerpo del Santo Cristo de la Sangre, del que durante tantos años les había estado hablado el viejo fraile agustino”.

Y, ahora juzgue cada cual lo que mejor le parezca, pero el señor que mandó construir la Imagen se llamaba Don Alonso de Orejuela, que el 29 de enero de 1567 (días después de la festividad de la conversión de San Pablo) encargó al escultor Gaspar del Águila, la talla del Santísimo Cristo de la Sangre para el convento de Madre de Dios de los frailes agustinos. El padre prior del convento en aquel momento era fray Pedro Clavijo y posiblemente el hermano lego de aquella historia, se llamaría fray Atanasio de Lasarte.

Y dicho encargo quedó documentado en el correspondiente contrato, que nunca me cansaré de publicarlo cuantas veces sea necesario, porque en cada momento, alguien que no lo conozca lo incorporará a su conciencia y así, con el paso de los años, seguirá divulgándose tan maravilloso encargo, con independencia de que cada uno lo vea desde puntos de vista distintos, de fe, devoción o artístico.



Para una mejor comprensión y lectura de dicho contrato, lo que sigue es la traducción literal del mismo:

*Sepan cuantos esta carta vieren como yo **gaspar del aguila**, escultor, vezino desta ziuudad de sevilla en la collacion de san marcos otorgo e conozco que soy conbenido e concertado con vos **alonso de orejuela vezino de la ziuudad de ezija** que estaba presente en tal manera que yo sea obligado e me obligo de fazer un crucifijo de bulto que sera de pino de segura que tenga de largo dos varas e dela postura del crucifijo de santo agustin e que sean guecas las espaldas del dicho cristo e la cruz que a de tener donde el cristo a destar a deser de madera de borne e de treze palmos en largo e una tercia en ancho e su calvario debajo de madera de segura dandole el anchura que le convenga e de vara e media de largo todo lo qual **hare muy bien fecho e acabado el domingo de cuasimodo que agora vendra deste año de mil quinientos e sesenta e siete** e voz que me deis e pagueis treinta e tres ducados onze ducados rezibo luego de presente que me daís que des me otorgo por pagado a mi voluntad e los otros onze ducados me deis de mediada la cuaresma y los onze ducados restantes fecho e acabado el dicho crucifijo so pena doblo e si el dicho dia de cuasimodo no lo oviere fecho e acabado que podais de mas de executarme por los dineros que me oviere dado e mas por otros onze ducados so pena de intereses tomar e tomeis otro maestro que faga el dicho cristo a mi costa de precio e donde lo pudieres asi e hallarlo que vos costare sera obligado a vos en pagar e cumplire mas vos pagara todo lo que dicho es e me podais executar por todo ello con solo vuestro juramento e yo el dicho alonso de orejuela que esta presente recibo que mi escrito quiero e acepto e me obligo de pagar. E cumplen aver por firme lo que a mi cargo es e soy obligado e ambas partes damos poder cumplido a quales quiera justicias que con derecho deva la que por todo rigor de derecho nos apreviere asi tener e guardar e cumplir como dicho es bien asi como si fuese sentencia definitiva por nos consentida pagada e cosa juzgada e para lo cumplir e aver por firme como dicho es obligamos nuestras personas e bienes habidos e por haber fecha la carta escribania que **el oficio de mi el escribano publico desta a miercoles veinte nueve deste mes de enero de mil quinientos e sesenta e siete** y e dicho gaspar de aguila lo firmo disiendo en el registro e porque el dicho alonso de orejuela dijo que no sabe firmar asi por el en el registro los testigos desta carta testigos cristobal de ribera e alonso sotomayor escribanos de sevilla, va testado e yo con todo lo des pongase por testado. gaspar del aguila. diego de la barrera farfan escribano publico de sevilla. alonso de Sotomayor escribano de sevilla. cristobal de ribera escribano de sevilla.*

Teniendo en cuenta que la escritura notarial del encargo, se firmó el 29 de enero de 1567 en Sevilla y una de las condiciones contractuales de la misma es: ... *todo lo qual hare muy bien fecho e acabado el domingo de cuasimodo que agora vendra deste año de mil quinientos e sesenta e siete...* quiere lo anterior decir, que de cumplirse lo pactado (la entrega estaba fijada para el domingo siguiente al domingo de Resurrección,

que es el llamado domingo de cuasimodo), teniendo en cuenta que el domingo de Resurrección del año de 1567 fue el día 30 de marzo, el domingo siguiente, denominado de cuasimodo (segundo domingo de Pascua), fue el día 6 de abril de 1567, por lo que esta debe ser considerada como la fecha en que Gaspar del Águila entrega a la hermandad ecijana la imagen del Santo Crucifijo de la Sangre, siendo previsible que en la Semana Santa ecijana, celebrada el año de 1568, realizara, conforme tenía establecido en sus reglas fundacionales, su primera salida procesional el Santo Cristo de la Sangre por las calles ecijanas.

Pero no sería justo olvidarme del escultor y referenciar algo sobre el mismo, que obtenido de la bibliografía encontrada al efecto, dice de él:

Gaspar del Águila, consta que nace en Ávila, estando datado el año de su nacimiento entre 1530/40, si bien en 1566 ya aparece residiendo en Sevilla donde permanece hasta su fallecimiento, probablemente en 1602.

La capital hispalense, su provincia y dentro de ella Écija, así como otras ciudades andaluzas, fueron testigos y receptoras de la producción artística del escultor abulense.

Podemos decir que la Imagen del Santísimo Cristo de la Sangre de Écija, pudo ser una de las primeras que tallara tan insigne escultor, por lo menos que esté documentalmente acreditada; el año de 1568 consta que Gaspar del Águila trabajó en el retablo del Sagrario de la iglesia de Santa María de Écija, pues así resulta de un poder que otorga el 13 de febrero del citado año, para cobrar cantidades a cuenta de la arquitectura e imaginería del referido retablo con



Juan Bautista Vázquez, *El Viejo*, su maestro, cobrando aquel en 10 de agosto de 1572 la suma de 37.840 maravedíes, con los cuales se acabaron de abonar 50 ducados que la fábrica de la citada iglesia le adeudaba por la imaginería del retablo del Sagrario, como aparece detallado en el archivo parroquial de dicha iglesia ecijana.

El año de 1570 recibe el encargo de realizar talla de la imagen de la Virgen de la Soledad de Marchena, encargo que, ante escribano público, le hace el vecino de dicha localidad sevillana, D. Gil Muñoz; en 21 de agosto de 1574, nuevamente aparece en Écija, obligándose juntamente con Juan Bautista Vázquez a ejecutar una escultura del bienaventurado Apóstol San

Pablo, con cuatro ángeles, dos a cada lado, puesto en un lecho que se nombra parihuela y un tabernáculo donde la dicha imagen esté para la iglesia de Santa Bárbara, tallándose dicha imagen en 1575; en este mismo año de 1575 aparece formando parte del tribunal examinador de Sevilla, junto con Pedro Heredia y ante los que compareció el escultor Andrés de Ocampo.

El 6 de abril de 1576, residiendo en la capital hispalense, concretamente en San Martín, aparece firmando escritura con Pedro Parrilla, prioste de la

cofradía de San Blas de Carmona, sita en la iglesia de San Bartolomé, por la que se acuerda hacer una imagen de San Blas para el altar mayor de la iglesia donde se ubicaba la citada cofradía, por el precio de setenta ducados; el año de 1583 interviene en la realización de las imágenes y un retablo, junto con el entallador Juan de Oviedo Hernández, para la Hermandad de la Iniesta de Sevilla.

En 1586 es veedor del gremio de escultores y entalladores en Sevilla; este último año citado de 1586, concretamente el 13 de diciembre, lo encontramos firmando contrato con los albaceas testamentarios del jurado Juan Peláez Caro, para la ejecución del retablo que debía disponerse en el altar donde tenía su enterramiento el citado Peláez Caro, en la capilla de la Parroquia de Santa María Magdalena de Sevilla y que, según el profesor Roda Peña, la imagen del Nazareno de las Fatigas fue realizada por el citado Gaspar del Águila en virtud del contrato anteriormente reseñado (Archivo de la Hermandad Sacramental de la Magdalena de Sevilla).

El 30 de octubre de 1587, se declara vecino de Sevilla en la calle de Siete Revueltas, barrio de San Salvador, y es afianzado por su hijo político Blas Hernández (natural de Salamanca), en la compra de treinta varas de bayeta de Córdoba a un tal Andrés de Montilla por 360 reales; en 1588, junto con su citado hijo político Blas Hernández, reciben el traspaso de los encargos que tenía el escultor Gerónimo Hernández, por medio de la viuda de este, Luisa Ordóñez, cuales fueron la zona del evangelio del retablo mayor de la iglesia de Santa María de la Asunción de Arcos de la Frontera (Cádiz), la mitad del desaparecido de San Martín de Niebla (Huelva) y la mitad de la sillería coral de la iglesia de San Juan de Marchena (Sevilla).

El 4 de octubre de 1592 recibe el encargo de realizar una escultura de la imagen de San Sebastián, con su tabernáculo, para la capilla del jurado Sebastián Pérez en la Parroquia de San Pedro de Carmona por el precio de 800 reales; en 14 de mayo de 1593, para la cofradía de San Felipe en Carmona, se le encarga una imagen de dicho santo y parihuelas, suscribiéndose contrato con el regidor Juan de Mendoza, prioste de dicha cofradía, en el precio de 40 ducados



(*Documentos inéditos para la historia del arte en la provincia de Sevilla. Siglos XVI al XVIII.* De la Villa Nogales, Fernando; Mira Caballos, Esteban. 1993).

Por último, en una escritura de afianzamiento por parte de Blas Hernández a favor de su suegro Gaspar del Águila, aparece este con taller en la calle Muela, collación de la Magdalena, escritura que trataba de la realización para la villa de Paymango en Huelva de una talla de Cristo crucificado; en 1602 se encontraba trabajando en el retablo mayor de la parroquia de San

Miguel de Jerez de la Frontera (*Patrimonio artístico Aljaranda*. 2010. Juan Antonio Patrón Sandoval).

Como conclusión, no cabe duda que la Imagen del Señor de la Sangre, a juicio de los estudiosos y no hace falta más que contemplarla, fue la obra cumbre de dicho Gaspar del Águila, para dicha y satisfacción, no sólo de aquellos hermanos fundacionales, sino de todo un barrio y, con el paso de los años y siglos, de todos nosotros, porque aquellos que nos antecedieron, al igual que ahora nosotros, no se quedaron en la belleza escultórica de la Imagen como obra de arte, sino que se quedaron con lo que ella representa, la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, cuando entregó su vida para la redención de toda la humanidad.

La fotografía que poseo y he dejado aportada, creo que fue la primera que se hizo a dicha imagen, data del año de 1900, donde aparece el Señor en cruz de plata cuadrada, con azucenas como clavos y con sudario de seda, sobre peana tallada de madera, fotografía que es la que figura en la página anterior.

La devoción al Señor de la Sangre fue latente desde su llegada al convento agustino, no ya por los habitantes de su propio barrio, sino por toda la Ciudad de Écija.

Una prueba de ello, es que cuando eran pocos los años que llevaba la



Imagen del Cristo y Señor de la Sangre al culto en el convento agustino, concretamente el 26 de Enero del año de 1605, sale por primera vez en procesión de rogativas hasta la Iglesia de Santa María, por la falta de agua de lluvia que padecía la Ciudad. La devoción que se le tenía al Cristo de la Sangre y la importancia de su Hermandad y Cofradía, quedó recogida por los escritos de la época. Dicen algunas reseñas de los años 1600 y posteriores:

...Al mismo tiempo, en el convento de San Agustín, se hallaban establecidas varias hermandades y congregaciones, cuyos numerosos devotos acudían con mucha frecuencia a orar ante sus sagradas imágenes. Las seis cofradías eran las del Santísimo Sacramento, Nuestra Señora de

Regla, San Agustín, San Nicolás de Tolentino, Santo Tomás de Villanueva y Santísimo Cristo de la Sangre. Esta última era una de las que mayor devoción despertaba en toda la ciudad de Écija. En 1631 era cofradía de disciplinantes o de "sangre", tenía capilla independiente y efectuaba su estación de penitencia el jueves Santo...

En 1632, refiriéndose al Convento agustino, se escribe: Tiene esta iglesia dos capillas colaterales inmediatas a la mayor, la del lado derecho, se la donó el

convento por beneficios recibidos, al licenciado Benito Cruzado, regidor de esta Ciudad y la del lado izquierdo, es de la insigne cofradía de los hermanos del Santo Cristo. Sale el jueves Santo, de disciplina de sangre, es numerosísima y de gran provecho al convento...

La Hermandad veía en constante aumento la participación de los fieles, no sólo ya de los propios vecinos de su extenso barrio, sino también de gran parte de los ecijanos, que incrementaban a diario la devoción al Cristo y Señor de la Sangre, al que popularmente, en el año de 1774, llamaban Santo Cristo de San Agustín o Santísimo Cristo de San Agustín, título de la Sangre y Madre de Dios de la Consolación (La fotografía anterior corresponde al año de 1950 en Jueves Santo).

La devoción y el fervor hacia la imagen del Santo Cristo de la Sangre seguía latente y en aumento, no sólo ya para los vecinos de su barrio, sino para toda la propia ciudad de Écija y la bendita Imagen del Señor, a petición del propio pueblo ecijano, sale de su convento agustino en muchas ocasiones, por procesión de rogativas ante la falta de aguas y las epidemias de peste que en los siglos posteriores padeció la Ciudad de Écija.

En el año de 1768 comenzó la ruina del propio Convento de San Agustín y así perduró, a pesar de algunas reparaciones, hasta 1835, año, en que se produce la exclaustación de los agustinos, conservándose únicamente la iglesia y sacristía anexa bajo jurisdicción ordinaria, quedando estas al servicio y cuidado de la hermandad del Santísimo Cristo de la Sangre, la que sufragó los gastos de conservación y mantenimiento de dicha iglesia de San Agustín durante más de treinta años. Si hasta el año de 1857, las lágrimas derramadas por los fieles en su devoción al Cristo y Señor de la Sangre, habían tenido su asiento en el convento agustino, el año de 1858 marcó un devenir en la propia devoción hacia la Imagen y en el de la Hermandad, pues en dicho año, debido a la ruina de la iglesia conventual, aquella se vio obligada a trasladar su sede, con todos los enseres e imágenes, a la Parroquia Mayor de Santa Cruz, como iglesia a la que pertenecía el barrio de San Agustín.



Y allí, en la mayor de Santa Cruz, sus fieles, una y otra vez le cuentan sus cuitas y sentimientos, le piden su ajilar y su estipén y cuando se tienen que najelar de Écija, se despiden de Él, por ser parte integrante de su familia y por ello incluso, sin que sea irreverente, se enfadan con El, como en cualquier momento de nuestras vidas podemos enfadarnos con nuestro padre (La fotografía corresponde al Jueves Santo de 1954).

Varias son las leyendas que existen sobre distintas imágenes en la geografía española y entre ellas la ecijana y si al principio he relatado la relativa a cómo nació la devoción al Señor de la Sangre, voy a terminar con otra que ha llegado hasta nuestros días y que se nos fue contando de generación en generación.

Dice la leyenda que le ocurrió a Manuel, un gitano que vivía en lo que se llamaba un corralón de la calle Zamoranos, quien además de sus visitas diarias al Señor en la Parroquia de Santa Cruz, cada jueves Santo, vestía su túnica colorá y hacia su estación de penitencia en la Cofradía.

Pero un día, su chaborí, al que adoraba, enfermó y él acudió a la presencia del Señor para que le sanara, sin que ello fuera posible, por lo que Manuel se enfadó con el Señor y el Jueves Santo siguiente a la muerte de su preciado hijo, Jueves Santo que amaneció, como uno de los tres del calendario donde reluce más el Sol, la mujer de Manuel, que sobre la cama había depositado la túnica de cada Jueves Santo que vestía su marido, vio que llegaba la hora y este no se la ponía, preguntándole si no iba a acompañar al Señor. Manuel, preso todavía de la impotencia y del enfado, *le dijo que no, que si el Señor quería, que viniera El a verle.*

Y así fue en la tarde de dicho Jueves Santo, cuando, a pesar de que el Sol, que brillaba en lo más alto de la Ciudad, no hacía presagiar cambio de tiempo alguno, ocurrió como el día que crucificaron al Señor en el Monte Calvario.



Cuando la Cofradía se encontraba en plena calle Zamorano, muy cerca de la casa donde vivía Manuel, de pronto, los cielos se tornaron color panza de burro, se abrieron y dieron paso a negros nubarrones, que descargaron sus aguas con rayos y tormentas, por lo que para evitar que el Cristo y Señor de la Sangre se mojase, los cofrades decidieron darle cobijo en alguna de las casas del barrio, escuchándose voces entre los miembros de la Cofradía, que decían: *En casa de Manuel, en casa de Manuel* y viendo la mujer de Manuel desde la ventana, aquella situación, les abrió las puertas de su casa de par en par, entrando el paso en ella, donde el Señor se encontró de frente con Manuel, al que dice la

leyenda, que desde la Cruz, el Señor, dirigiéndose a Manuel le dijo: *Manuel, ya que tú no has querido venir a verme, he venido Yo a verte a ti.*

Y esa devoción es la que, hasta el día de hoy mantenemos y propagamos, sin olvidar que el Señor siempre abrió sus manos, sin preguntar quién eres, cómo vienes a Mí, ni el por qué, pues la única pregunta que nos

hace siempre es: ¿Qué quieres hijo? Y nosotros, igual que Manuel, hoy también nos seguimos enfadando con el Señor, unos más que otros, pero volvemos a rezarle, escribiendo, cantando o recitando, como ya lo hiciera aquel poeta ursonense afincado en Écija, que se llamó Antonio Garfias Rodríguez, cuando le escribió el poema titulado: *Sangre, Sangre, Sangre*, que en la década de los años 30, un Jueves Santo, al paso del Señor por la Plaza Mayor o Salón le recitara su hermano, reconocido poeta también, Pedro Garfias, o aquellas saetas que año tras año le cantan, no sólo en su barrio, sino en cualquier balcón de la Écija cofrade, porque la idiosincrasia de nuestras gentes es así y así la acepta el Cristo y Señor, como debemos aceptarla nosotros.

**¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre!
¡Sangre de Cristo en las calles!
Primavera ensangrentada,
Claveles color de sangre
Y túnicas coloradas...**

**¡El Cristo de los gitanos,
Camino de la Calzada
Clavado de pies y manos...!**

**¡Que se callen las trompetas,
Que se apaguen los tambores,
Que se pierdan las saetas
Y cuajen las oraciones!,
Que va caminando Cristo
Suspendido de la Cruz
¡Y la tarde sabe a sangre...!
¡Y es la sangre de Jesús...!**

Por ello, no podía dejar pasar esta oportunidad, que me ha brindado el Señor de la Sangre de poder ser testigo de su 450 aniversario, con el recuerdo permanente en los que ya no están conmigo, sintiéndome dichoso y agradecido de que pueda ser su romancero con este artículo, que conmemora tan importante acontecimiento, pues como ustedes saben amigos míos, es suerte y designio del Dios padre, poder estar presentes en tan magno acontecimiento.



Y como soy quien escribo, me he permitido varias licencias y una de ellas, es terminar con dos fotografías, la primera de mi segunda salida procesional, Jueves Santo de 1954, junto a mi querido padre, sentado sobre una de las trabajaderas frontales del paso y a los pies del Señor de la Sangre, rodeado de algunos compañeros de su remúa de

costaleros y la segunda, año 2014, con mis hermanos Antonio y Jesús, mi, hijo y los hijos de aquellos, junto a Ramón Rodríguez Martos, algo más que un amigo para nuestra familia, todos preparados para realizar nuestra estación de penitencia del Jueves Santo de 2014.



Ahora, solo me queda amiga/o mío, sea creyente o no, ya lea este artículo desde el punto de vista de la fe o artístico, decirle que lo disfrute y comparta (dado que no siempre se cumplen 450 años), pues será ello, señal inequívoca de que, hemos tenido la suerte divina, de estar vivos a la fecha que nos ocupa, que es el don más preciado que podemos recibir de la Divina Providencia, pues esta, sin saber el cómo, el cuándo, ni el por qué, toma decisiones que nos cuesta, por lo menos a mí, comprenderlas, aunque, a pesar de ello, sigamos, por lo menos yo, agradecido por todo lo que me ha dado.